

VELADURAS

María Teresa Andruetto

A Josefina

*¿Fui yo algo en alguna parte?
Dímelo, porque no tengo quien lo diga:
Ni madre, ni padre, ni memoria.
Horacio Castillo*

CAPÍTULO I



Duración
80'02"

Cuando vi a Gregoria se me vinieron encima los recuerdos y el tiempo en que vivía mi padre y llegábamos aquí a pasar las fiestas con mi abuela; las fiestas y también mi cumpleaños que es en febrero, para la época de los carnavales.

Llegábamos a San Salvador y ya antes de salir hacia Tumbaya se me aparecía el silencio de los cerros. Hubiera podido andar con los ojos cerrados, igual sabía que estábamos en La Quebrada, porque el silencio se me metía dentro de los huesos y había como un olor a melaza y a tamales por todas partes.

Mi abuela tocaba la quena y cantaba bagualas, pero eso era antes, cuando mi hermana y yo éramos chicas y veníamos acá y mi papá golpeaba la caja y tocaba el charango. Le había quedado eso de cuando era un niño, la música, que aquí es de la gente y es de todos.

Eso es algo que se le quedó adentro, doctora; como le queda a la gente de acá, y después lo guardó para siempre, en el pecho lo guardó, y se fue para la ciudad, buscando con qué ganarse el pan.

Así fue que mi padre llegó a Córdoba y allá anduvo solo, de un lado para el otro, sin casa y sin trabajo, haciendo un poco de todo, changas más que nada, hasta que se casó con mi mamá y consiguió ese trabajo de portero en la escuela que está pasando la costa del canal, cerca de donde era antes nuestra casa.

Aunque se fue de aquí cuando era joven, un muchacho casi, a mi padre se le quedó en el alma todo esto y quiso que nosotras guar-

dáramos muy adentro la música de la Quebrada, las bagualas que son como un lloro de estas piedras, y el amor a los colores de acá, y a las cosas que tenía mi abuela, las cosas de adentro de uno, del corazón, quiero decir. Es que, como digo, se le habían quedado en el alma estos cerros, y nos dio eso a nosotras para siempre, porque no sé a mi hermana pero lo que es a mí me vino para no irse el amor a esta tierra.

Veníamos con mi madre y con mi hermana y se nos amarraba el mundo de mi padre y todo esto se hacía más grande cada vez. Casi siempre llegábamos para el nacimiento del Niño, o unos días antes, para la época en que se preparan los pesebres en las casas, y se cubren las piedras con arpillera y después se esparcen con arcilla y con ceniza, y los pastores buscan sus trajes. Pero también solíamos venir en febrero, para carnavalear en las cacharpayas y para comer empanadillas y beber agua de chuño.

Siempre era así, como le digo, todas las veces era así: veíamos el nacimiento del Niño en el cerro y el pesebre que mandaba hacer el cura de Susques que es el poblado que está más cerca, y mirábamos a los pastores bajando el cerro, cabestreando las mulas bajo los candiles, y a la Pachamama, Baltasar y San José, bien acomodados en las laderas.

Después, cuando el Niño ya había nacido, mi abuela nos llevaba hasta Susques a oír la misa. Eso nos gustaba, porque también en la iglesia había música y nosotras teníamos el recuerdo de las bagualas y de los huainos, y el sonido de las quenas y los charangos y de todo lo que es de acá. Más amarrados tuvimos esos recuerdos que la memoria de mi madre y la de mis abuelos de Córdoba, más que ésa tuvimos esta memoria y todo sucedió de esa manera porque mi padre así lo quiso y a lo mejor porque lo quiso también así mi madre.

Gregoria también era de acá, sí que lo era, de aquí bien cerca, de estos cerros, y cantaba con voz chillona que es como cantan aquí las mujeres y nadie más canta en ninguna parte, esa voz como de grito que tenía mi abuela y que tienen las mujeres acá...

*Si me voy
pa'los cerros...*

También a mí me gusta cantar, doctora, pero no tengo buena voz. Me parece que es por eso, porque Gregoria cantaba, que las cosas pasaron de ese modo entre mi padre y ella, que es como decir entre

mi padre y este mundo que no se parece a ninguno. Digo esto porque mi mamá no cantaba ni hacía sus cacharritos ni las comidas que le gustaban a mi padre y que también a mí me gustan; ella no sabía hacer chanfaina, ni tamales, ni empanadillas de pelones, ni tabletas, ni dulces de cayote...

Cuando vi a Gregoria, camino a San Pedrito, otra vez se me vinieron encima los recuerdos. La vi de espaldas, un poco achaparrada, pero era ella y llevaba a un niño de la mano. Era de mañana, como las diez. Yo había ido a San Salvador a llevar estos ángeles que estoy reparando y a mostrar cómo habían quedado las pátinas. Como le digo, por el camino a San Pedrito la vi, subiendo el cerro, mientras arreaba a un niño de la mano. Un momento nomás y luego me distraje y entonces ella se volteó hacia alguna parte y dobló en una calle y la perdí.

Cuando olvidé por fin mis extravíos, quise apurarme y alcanzarla, pero ya no estaba en ningún sitio. Pensé primero si de verdad la habría visto, o si soy yo que a veces me pierdo en estos pensamientos, pero después me pregunté:

¿Cuántos años tendrá ese niño, Rosa?

Lo pensé un rato y me contesté que cinco. Y entonces me dije:

Es ella.

No le vi la cara, porque estaba de espaldas, pero sí las piernas y el cuello, y me fijé también en el pelo, como me fijaba antes, como la miramos aquella tarde mi hermana y yo, desde la ventana de nuestra casa, en Córdoba, viendo cómo se llevaba sus cosas.

En ese tiempo, ella tenía el pelo pesado, brillante, y le caía sobre la espalda hasta la pollera. Se lo corría de la cara con un amago, era como un vicio que tenía de tirarse el pelo hacia atrás, porque sabía que a mi padre y a nosotras nos gustaba. Luego venían las piernas flacas y un poco cortas y el cuerpo de colla, como tiene mi hermana y como acá tienen todas las mujeres.

Ahora el pelo ya no le cae hasta la pollera y me parece que tampoco tiene el brillo que tenía en aquel tiempo. Lo lleva atado en la nuca y también lleva sombrero de ala ancha. Yo, de atrás que estaba, le

miré el cuello y la espalda y vi la mano que tomaba al niño y la manta de llama que llevaba y entonces supe que era ella, nomás la que era, como era antes.

No sé qué diría ahora mi padre si la viera, porque me parece que ha cambiado mucho, el andar que antes tenía se ha vuelto seguro, firme, y hasta me parece que no le ha quedado nada del miedo de aquel tiempo, y muy poco, por no decir nada, de la vergüenza que le daba mirar a la gente a los ojos.

Todo eso me parece que se le ha ido, que no le ha quedado ni siquiera un ramalazo, y que ahora todo lo que tiene –el andar, el pelo recogido y el sombrero negro de ala– es del modo y la manera que tienen las mujeres de acá.

Pienso en los ángeles de la Capilla y en las labores que voy haciendo, y en las veladuras y en las pátinas también pienso. Es lo que me viene al pensamiento, ahora que todo lo que tengo es lo que fue de mi padre y de mi abuela, desde que mi abuela Rosa arregló este rancho que era de su madre para protegerse de las ventoleras y aquí trajo sus llamas y sus guanaquitos y se instaló, antes que pasara un hombre que iba hacia el norte se instaló, antes que la preñara el hombre, y desde aquel tiempo esto fue de ella y de mi padre y ahora es también mío.

En este último tiempo he aprendido a hacer las veladuras y a dorar. Es lo que encontré cuando vine a vivir al norte, después que amainó la pelea con mi madre y empezaron a acabar las discusiones. En cambio, todo lo que le cuento comenzó hace mucho, cuando Gregoria fue a vivir a nuestra casa y llegaron con ella los problemas, porque no vino sola sino con todo lo que era, y entonces pasó aquello con mi padre.

Como le digo, todo empezó por aquel tiempo y terminó, es un decir, muchos años después, cuando saqué el dinero de la Casa de Descanso y me escapé. Entonces fue que vine para este lado y hablé con las monjas para hacer estas pátinas y estos falsos acabados que bien les quedan a sus ángeles y a los santos de la Capilla.

Luego, una vez que arreglé lo del trabajo en el taller de las hermanas, vine hasta aquí, a vivir en los linderos de Susques, a la casa que era de mi abuela, y empecé a trabajar.

Desde entonces bajo una vez al mes hasta Jujuy: me lleva un capataz que viene desde Jama, el paso que está más arriba, para el

lado de Chile, y él mismo me regresa al otro día cuando vuelve hacia el alto. De este modo me traigo las labores y hago los falsos acabados, en el silencio de las piedras, lejos de los chillidos de esos pájaros que me perseguían en la ciudad, unos graznidos que llegaban de quién sabe dónde y me turbaban.

Estoy muy agradecida a las monjas, porque fueron ellas las que me enseñaron a arreglar lo que estaba roto, a componer las imágenes y reparar lo más menguado, lo que suele echarse a perder. Ahora que he aprendido, me dan ya por fortuna las imágenes y entonces yo las traigo aquí donde trabajo, entre estos cerros, en estos linderos que están cerca de Susques, apenas más abajo del Paso de Jama, como ha visto, en medio mismo del silencio, lejos de los gritos de esos pájaros que nunca supe si venían de afuera o venían de adentro.

CAPÍTULO II

Cuando estaba allá en Córdoba, en la Casa de Descanso, cerca de donde era antes nuestra casa, donde viven mi hermana y mi madre y donde también vivía yo, una monja que se llama Estela, a la que quiero mucho, me dijo que se mudaba para el norte, y me indicó dónde buscarla si yo estaba sola y llegaba a venir para estos lados.

Así fue que llegué a San Salvador y busqué la calle Virgen de las Nieves y en la calle el taller de las hermanas y en el taller a la hermana Estela, la que me dio la estampa del Santo aquella vez para que yo la compusiera.

La hermana Estela me había dicho que la buscara a ella y eso es lo que hice. Llegué sin nada, sin enseres ni ropa ni nada, con mis solas ganas de venir para acá, y con esa nada que traía fui al taller y pregunté por ella. Lo recuerdo bien: me hicieron que esperara y me quedé en la sala, con un poco de frío y otro poco de sueño por la mala noche, con la cabeza sin pensar en nada.

Yo estaba sola, ¿sabe?, sola en el mundo, sin padre, sin madre y sin memoria, tratando de olvidar lo que había vivido antes cuando estaba con mi madre y discutíamos, y también lo que había pasado con mi padre. Totalmente azorada estaba, confundida todavía por lo sucedido, cuando levanté la cabeza y vi, por la puerta entreabierta, la sala del convento y en la sala una mesa larga con las patas torneadas, y encima de la mesa unos botes con ungüentos.

Le aseguro que eso es algo que no se puede olvidar. No se puede, doctora. Esos colores en los potes, esos que vi con estos ojos dando brincos. Así es como sucedieron las cosas que le digo: me levanté de donde estaba sentada y me acerqué a la puerta, pasé al taller y me arrimé a la mesa. Eran como coyuyos el pan de oro, los ferrites y la purpurina, el tierra sombra, el azul talo, el blanco de titanio... y el mordiente con ese olor que se le mete a uno adentro.

Había también un color plata, un azul cobalto y el granate, eso es lo que supe después, cuando aprendí a distinguir las sustancias, los colores y las marcas; y vi también que había óleos, témperas y acrílicos, que no son naturales pero igual relumbran.

Antes de eso, yo sólo había visto lo que se usa en la escuela, colores de lápices o témperas, y los que tenía aquí mi abuela Rosa para sus cacharros, el negro y el terracota, pero nunca jamás había visto el pan de oro que es lo que se necesita en la Capilla para cubrir las estampas de la Virgen y para las composiciones de los santos y las santas, ni tampoco conocía el azul talo, ni el azul cobalto, ni otros azules que existen, ni el granate.

Me gusta hacer las veladuras y también los falsos acabados. Falsos acabados, así es como los llaman, porque se pinta para que parezca piedra, mármol o madera con sus vetas, sus manchas y cogollos... aunque no sean verdaderos a mí igual me gustan, hacen que después de mucho cubrir y sobar, todo quede al fin bastante bien.

No sé qué piensa usted, doctora, pero a mí se me hace que es también así la vida. Yo se lo dije una vez al doctor Freytes, cuando estaba allá en la Casa de Descanso: primero uno cubre todo y después va sobando de a poco lo que tiene soterrado, que es siempre lo que duele y hay que soliviar. Es de ese modo como se cubre lo que estaba expuesto. Por eso pienso algunas veces que si pudiera hacerme yo misma a mí unas pátinas como estas que les hacemos a los ángeles, si pudiera pasarle pan de oro a lo que ha perdido el brillo, si al alma de uno le fuera bien hacerle veladuras, seguro que lo que duele se pondría opaco y no se sufriría más.

Me gustan estos menesteres, porque se cubre lo que está debajo pero igual se ve. Es lo que pasa con lo que está velado: se ve mejor que cuando queda expuesto. Una vez que recompongo y acomodo lo

que se ha deshecho, paso el pan de oro y luego cubro con betún. Se llama betún de Judea y es lo que me dan acá en San Salvador, para que tape las imágenes y lo que es nuevo se vuelva viejo y se cubra lo que estaba roto.

Cuando se seca lo que he pintado, lo sobo bien para que quede apenas un poco, para que no se cubra por completo, porque es así como se ve mejor. Todo esto que he aprendido a hacer, estas veladuras, son nomás para que lo nuevo se vuelva viejo, como los ángeles de la Capilla.

No sé qué piensa usted, pero a mí me parece que es al revés de lo que pasa en la vida, donde el dolor que a uno le ha sucedido antes, y antes de antes, parece que naciera siempre por primera vez.

Hubo un tiempo en que éramos felices y yo estaba bien, tenía mis alegrías y me sentía sana. Pero después pasaron esas cosas que pasaron, y murió mi padre, y Gregoria se fue sin decir una palabra, y empezaron las discusiones con mi madre.

No fue cuando murió mi papá que me enfermé sino más tarde, cuando pasó el tiempo y vinieron las heladas y yo empecé a darme cuenta de que él se había ido para siempre de nosotras y de nuestra vida y de que tampoco estaba Gregoria, ni había alegría en nuestra casa como la había habido antes.

Fue en aquel tiempo que empezó eso que me subía a la cabeza, esos malos pensamientos que me traían unas ganas muy grandes de morirme también yo, ganas de no estar ya en ninguna parte porque no tenía dónde ir o no quería, ni me gustaba vivir en nuestra casa, ni con mi hermana y con mi madre.

La primera vez que me enfermé estaba en la escuela: vinieron unos pájaros a entrarse en mi cabeza y a barruntar mi pena, y a mí me daban miedo. La directora dijo que no había ningún pájaro en ninguna parte pero como yo decía que sí y que sí, ella llamó a los de emergencia y me pusieron unas inyecciones y entonces me dormí por muchos días.

Después de eso, me agarró una rabia muy grande con mi madre, porque se quiera o no se quiera, fue ella la que lo dejó a mi padre, ella la que lo obligó a irse con Gregoria. Mi madre dijo un día que él tenía que vivir en otra parte, que no se podía de otro modo. Y entonces yo, aunque desmejorada y con mis medicinas, quise irme con él y con mi abuela, pero no podía porque ya no estaban.

En ese tiempo yo no sabía que vendría a vivir a La Quebrada, no se me venía eso a la cabeza, porque me había quedado como sin pensamientos. Entonces empecé a hablar de los muertos y buscaba estar con ellos y todo eso la asustó a mi madre hasta que, de tanto andar por todas partes, se presentó a la oficina del Gobierno y un doctor y la asistente me llevaron a la Casa de Descanso donde trabaja el doctor Freytes. Entonces me internaron, y así fue como yo lo conocí al doctor.

Estuve en aquella Casa muchos meses, ya no recuerdo cuántos porque cuando se sufre, el tiempo pasa de un modo extraño. Sí recuerdo que me cuidaban las hermanas para que yo no me dañara, hasta que empecé a comprender cómo eran las cosas y me fui curando un poco.

Una tarde, mientras tomaba la merienda bajo la galería, vi una estampa de San Gabriel en las manos de la hermana Estela. Yo había soñado con el santo en otra noche, y entonces le pedí la estampa de la que hablo, pero la hermana Estela dijo que el santo no, que el santo estaba sano, y me mostró un ángel que ése sí estaba roto. Y así fue que yo empecé a repararlo, y le di comienzo a estas labores, con estas ganas que me vinieron poco a poco, de hacer estas cosas que me gustan y estos menesteres que ahora hago.

Desde el comienzo, yo lo quise mucho al doctor Freytes porque mi madre me llevó hasta donde él estaba y apenas me revisó y conversó conmigo –estando yo presente– le dijo a ella que no se resintiera, que todo lo que sucedía era que yo estaba azorada y confundida por lo que había pasado y que dejara de decir que yo no era capaz de comprenderla, que era ella la que tenía que entenderme a mí y a mi dolor, hasta que cuajara.

Eso fue lo que dijo, doctora, que él sabía bien que lo de mi padre nos dolía a todas pero que peor era para mí, porque yo estaba enferma, y así fue como hizo que mi madre empezara a comprender y ya no me reprendiera. Fue así, como le estoy diciendo: ella dejó de decir que yo no ponía fuerzas en curarme y todas esas cosas que decía, y me dio al fin su bendición.

El doctor Freytes fue también el que le dijo a mi madre que amasar el barro y cocinarlo y hacer las pátinas que ahora hago era un buen remedio para mí, que era el único remedio, dijo, y que era bueno re-

parar los ángeles y todas estas cosas que reparo, que me ocupaba la cabeza en otra cosa y me hacía mirar hacia adelante,

es el mejor remedio

dijo, y a mí eso me gustó porque así es como fui aprendiendo yo estos menesteres y estas labores que hago y bien me salen.

Por el tiempo en que Gregoria vino a vivir con nosotros, mi madre empezó a trabajar en lo de doña Crista, para limpiarle la casa y hacer el lavado, porque doña Crista se había puesto vieja y no podía ya con todos sus quehaceres. Eso fue, pienso yo, una parte del problema, porque nosotras teníamos que ir a la escuela en la mañana y nuestro padre trabajaba por la tarde, así es que en las mañanas se quedaba solo con Gregoria, los dos cantando esas canciones, juntos los dos, y entonces así ha de haber sido que a mi padre le nació otra vez el amor por esta tierra y el amor también por ella. Pero de todo eso mi madre no se dio ni cuenta, si no, yo creo que ella hasta hubiera sido capaz de decirle que no a doña Crista, por más que necesitara sus pesitos.

Así fue, doctora, que todos seguimos de ese modo, como si nada, mientras Gregoria y mi padre se enamoraron, porque mi madre no pensó que mi papá era también nuestro, que nos pertenecía, y que ella tenía que cuidarlo, por ella y por nosotras. Así son las cosas, pienso yo, a medida que me aquerencio aquí en el norte. Por ejemplo esto que hago para los santos y las santas no es un asunto sólo mío, es también de los promesantes que van a verlos en la Capilla y les rezan pidiendo ayuda, porque nada es de uno para siempre, como ha creído a lo mejor mi madre, sino que cada cosa requiere su cuidado.

Eso es, por lo menos, lo que siento yo, y por eso le hago mis ruegos a la Virgen de la Candelaria, porque uno es de muchos y de nadie a un solo tiempo y a una misma vez, y entonces, como pienso algunas veces, yo soy de mi padre y de mi abuela Rosa, pero también soy un poco de mi madre, aunque a veces eso no me guste.

Es en esto que trabajo yo, como lo ha visto, en hacer que lo nuevo se vuelva viejo, como de mucho antes, como si estuviera viejo y vivo a la misma vez. Es lo mismo pero distinto a lo que me enseñaba el doctor Freytes, porque él me dijo una mañana que lo que él hacía era

buscar, adentro de uno, los dolores viejos, y ayudar a sacarlos fuera y a volverlos nuevos, como si no hubieran pasado antes sino ahora mismo. Al revés de lo que hago con los ángeles, donde lo nuevo, después de las labores se vuelve viejo, y es nuevo y viejo a la misma vez.

Así es como estos ángeles y estos cerros son ahora lo único que tengo. Ahora que mi padre ya no está y que tampoco está mi abuela, ahora que mi madre se quedó en la ciudad, con mi hermana Luisa y con los abuelos de Córdoba, ahora que se enojó conmigo porque no quiero estar con ella y que me fui de la Casa de Descanso sin decir ni preguntarle a nadie, y me vine para acá, para estos cerros, sin consultarla y sin que lo supiera nadie, hasta ahora que ha venido usted.

Haber venido acá, a este lugar, es algo que, como le digo, no le he consultado a nadie. Tampoco al doctor Freytes, porque si no, él se lo hubiera dicho a mi madre y ella hubiera ido a buscarme o alguna otra cosa hubiera hecho.

Salí de la Casa de Descanso a la hora en que daban la merienda y fui hasta el parador a tomar el micro que viene para el norte, y mientras, me quedé apeñuscada para que ninguno me viera. Hacía mucho frío, me acuerdo, y yo tenía la cara bien envuelta con una manta de mi abuela Rosa, de lana de sus propias llamas. Por eso sé muy bien que no me ha visto nadie. Subí al micro y saqué pasaje hasta Jujuy con un dinero que tenía de hace tiempo, que había juntado y que era mío pero lo habían guardado en la secretaría y yo lo saqué en un descuido de la ecónoma.

Vine a Jujuy, a buscar a la hermana Estela que estaba acá y traje el papel que ella me había dado, con la dirección del taller:

Taller de San Salvador. Calle Virgen de las Nieves. Frente a la plaza.

decía ese papel.

La hermana Estela me había dicho que la buscara y eso es lo que hice, porque llegué así como me ve, sin nada, sin mis enseres ni nada, con mis solas ganas de venir para acá. Fui al taller y pregunté por ella. Me hicieron que aguardara y yo esperé, acurrucada y quietecita, sin imaginar lo que vendría. Estaba sola, como le he contado, sin padre, sin madre y sin pensamientos, tratando de borrarle de la

cabeza lo que había vivido, confundida por todo, cuando miré la puerta y tras la puerta medio abierta, vi la mesa del taller donde estaban expuestos los ungüentos, los colores con su algarabía, y comprendí que haría estas labores para siempre.

Los colores en los potes: yo los vi con estos ojos como coyuyos. Nunca había sabido de algo así, nomás supe de las témperas y los lápices que se usan en la escuela y lo que tenía aquí mi abuela Rosa, tinta negra o terracota, pero nunca había visto en esta vida el pan de oro que es lo que se usa en la Capilla. Tampoco había olido nunca los mordientes, así que sin saber qué hacer y como poseída, tomé un pote y puse ahí la cara, estas narices, y en eso entró la monja y me dijo que los ungüentos suelen ser veneno, lo mismo que algunos óleos, que no todo lo que se ve lindo es bueno, que hay que tener cuidado con el cadmio y el mixtion y con muchas otras cosas también hay que tener prudencia. Que lo que más importa es la prudencia, dijo.

También en la vida lo que parece lindo a veces es como un mordiente y lo feo en algunas ocasiones dimana lindo, como estas pátinas y estas veladuras que he aprendido a hacer ahora.

Cuando me dan las láminas y las traigo para la Quebrada, hacia esta hondonada donde está mi casa, primero las reparo bien con pegamento y las pulo con una piedra lisa. Después paso témpera azul o verde talo, y refriego todo con lana de alambre como si me viniera mucha rabia. Más luego echo nocina y sobo con pan de oro y betún de Judea, y así es como después de mucho maltratar las pertenencias, todo queda bien.

Lo mismo le pasa a uno, me parece: maltrata el alma hasta que la pena queda lisa y toma su color de oro o de nogal. Eso es lo que le dijo el doctor Freytes a mi madre: que tenía que sobarme mucho y entenderme, que ése era el modo en que mentaba yo las cosas, como habían sido para mí, y que tenía que darme su bendición.

Es por todo esto que voy diciendo, doctora, y por las discusiones con mi madre, que yo he venido al norte, y que empecé a hacer estos trabajos. Yo sé que a esto que hago, a estas labores, mi madre no las entiende. A ella le parece que yo tendría que estar sana, que ya pasó lo que pasó y que hay que ponerle el pecho a lo hecho. Es lo que dice, y así también dicen mis abuelos de Córdoba. Yo sé también que ella lo quiso a mi padre, a eso no lo discuto, sé que es así aunque a veces no parezca, pero la vida de ella es de otro modo y no es

del mío, del de mi hermana sí es, se quiera o no se quiera el de mi hermana sí es el modo de mi madre.

Me pusieron el nombre de mi abuela, así me llamo, y eso es lo primero que me viene al pensamiento. El mismo nombre y el apellido, que es también el apellido de mi padre, porque mi padre no ha tenido padre. Tengo su nombre y me gustan las cosas que a ella le gustaban, y tengo estas facilidades de hacer mis cacharritos como ella hacía y de cocerlos con leña de llama y de guanaco. Y también tengo de ella el amor por estos cerros, por los ferrites y la arena roja y amarilla... No sé qué cree usted ni por qué será que pasó esto de parecerme tanto a mi abuela Rosa, si es porque me pusieron su nombre, o es nomás porque así tuvo que ser.

Me llamo Rosa, como le digo. Y mi hermana se llama Luisa. También mi abuela se llamó Rosa. Rosa Mamaní. Y crió solita a mi padre, lo que se dice sola. Lo tuvo, dicen, de un hombre que pasaba, que la preñó y siguió de viaje; de paso iba y así siguió, y ni siquiera un nombre, ni el apellido siquiera le dejó a mi padre. Era un hombre blanco, dicen, por eso mi padre es mezcla; pero mi abuela no, ella era colla pura, verdadera.

Todo esto que le cuento pasó antes, antes que mi padre se fuera a la ciudad, antes que empezara como portero en la escuela que está en el bajo, más allá del canal de riego y trabajara ahí. Antes de todo, digo, cuando vivía mi abuela y era joven y pasó por acá un hombre que iba al norte, más hacia el norte de la Quebrada dicen que iba, para Bolivia, para el lado de Santa Cruz dijo mi abuela, y entonces la preñó, y así nació mi padre.

CAPÍTULO III

Vi a Gregoria y me vino esta remembranza de mi padre y de mi abuela, tal vez porque ella iba con su hijo de la mano, su hijo que es también de nosotros, se quiera o no se quiera.

Cuando yo era una niña y antes todavía, cuando era una guagua, mi abuela hacía barro y lo amasaba para armar sus cacharritos, y me

enseñó. Así empecé yo a trenzar el barro, un chorizo sobre otro hasta completar una vasija, como ahora hago, como hace todavía acá la gente, como se hacía en muchas partes hasta hace un tiempo, antes que todo se perdiera.

Luego mi abuela me prestaba un anillo que tenía y yo lo mojaba con una escupidita y sobaba el barro, hasta pulirlo. Después hacíamos fuego las dos con leña de llama, con el guano de sus propios animales, y en el fuego cocíamos las piezas que salían cada vez más lindas.

Tal vez por eso me llamo igual que ella, porque me gustan las cosas que a ella le gustaban, y acaso mi padre y mi madre lo sabían y por eso me pusieron este nombre. Aunque el doctor Freytes decía que no es eso, que es al revés de todo esto que digo, que a mí me gusta hacer las piezas y cocerlas y practicar estos menesteres porque me dieron este nombre y entonces, aunque no me parezca a ella, de la parte de afuera y de la cara, soy como mi abuela Rosa y como mi padre, y como Gregoria casi estoy diciendo, y esto me pasa porque me llamo Rosa Mamaní, como le he dicho, y me gustan estas cosas que me gustan.

No sé qué dirá usted, pero eso es lo que dijo el doctor Freytes, que no es al revés, como decía yo, sino así como es, y que a uno le gusta lo que quiere porque es así y no por otra cosa.

Cuando a mi abuela le dio el ataque al corazón y se murió, y se cerró esta casa donde ahora vivo, y más aún después, cuando murió mi padre, yo me quedé sola y me enfermé, de la cabeza dicen que enfermé pero yo digo que es del alma, y entonces mi madre me llevó a la Casa de Descanso, por un tiempo nomás dijo mi madre, y ahí fue que me dieron unas medicinas que yo tomaba sin pensar en nada, a pura pena nomás, mirando hacia las sierras, hacia la nada mirando sin pensar, o pensando más bien cómo era antes cuando todos estaban.

Mi madre no comprende que yo quiera estar con los que han muerto y no con ella y con mi hermana Luisa, ni tampoco que yo sea de esta forma que tengo, de este modo que tiene la gente de acá, de la Quebrada. Así fue que de tanto no entenderme nadie que estuviera vivo, yo encontré ese ángel y lo reparé y desde entonces dejé todo y me vine para acá, para estos cerros.

Yo estaba en la Casa de Descanso, bajo la galería, mirando hacia las sierras, mientras esperaba que me dieran la merienda, y entonces pasó la hermana Estela con unos papeles en la mano, unos papeles y una lámina. Era una imagen del Arcángel Gabriel la que llevaba, y estaba rota, pienso que tal vez la llevaría para tirarla en un canasto, por eso fue que yo le demandé la lámina y reparé lo que estaba roto y eso me dio alegría.

El doctor Freytes le dijo a mi madre aquella vez, que hacer cualquier trabajo con las manos era bueno para mí, que me llevara témperas, lacas, cartones y papeles, para que yo reparara también otras imágenes, así que ella tuvo que comprender que eso me hacía bien, que lo único que me curaba era ese trabajo con las láminas, el único remedio.

El doctor Freytes también le dijo a mi madre que me dejara venir a la Quebrada, que acá yo iba a encontrar lo que buscaba, que cualquier cosa fuera lo que yo buscara estaba acá; pero mi madre dijo que no,

no puede ser doctor, no puede ser

es lo que dijo, y otra vez que no, y por eso yo no dije nada, nada de nada, y me vine para estos lados, sin contarle a nadie.

No me parezco físicamente en nada a mi padre, ni tampoco a mi abuela Rosa, y eso es lo que me da rabia, doctora, porque soy medio gringa del cuerpo y de la cara, y todos dicen que soy parecida a mi madre. En cambio mi hermana Luisa se parece a ellos, de afuera digo, porque en lo demás no quiere saber nada de este mundo de acá que a mí me llama como una voz de adentro.

A lo mejor mi hermana no quiere ser de este mundo porque tiene la cara de ellos, los ojos de mi padre y el mismo color en el pelo y en la piel, y entonces, así es más fácil decir que no le importa.

El doctor Freytes, el médico de la Casa a la que me llevaron, dice que estos gritos, estos chillidos en la cabeza, son por eso que le pasó a mi padre, y así ha de ser porque desde que mi padre hizo aquello en el inquilinato, me viene a mí esto al pensamiento.

Antes de que pasara lo del árbol, antes de que Gregoria llegara a nuestra vida, antes de ir nosotros a esa casa a donde él se había ido para estar con ella, antes de ver a mi padre ahí, como un muñeco sin forma y sin mensura, antes de todo eso, yo no era así ni se me iban de este modo las ideas, ni me confundía, ni sentía estos chillidos

que ahora siento ni nada de lo que se me viene ahora a la cabeza. Ni tampoco me daba esta rabia que me da algunas veces pensar en mi madre.

La bronca con mi madre empieza con eso que ella hizo. Si lo hubiera cuidado a mi padre, que era de ella y era de nosotras, él no se habría ido con Gregoria ni con nadie, pero mi madre insistió en que tenía que vivir en otra parte, y no fue capaz de hacer que él nos durara.

Es que ella no comprende que mi padre no era sólo suyo, sino que era también nuestro. Yo he hablado en un tiempo de estas cosas con mi hermana Luisa pero no hemos llegado nunca a algún acuerdo, porque ella dice que no es así, que por más que mi madre hubiera dejado que él se quedara en nuestra casa, las cosas igual no hubieran andado y lo mismo mi padre hubiera hecho lo que hizo.

Eso es lo que dice mi hermana Luisa cuando le da por hablar y es por eso que ella y yo estamos ahora en desacuerdo.

Yo pienso en cambio que, se quiera o no se quiera, la culpa es de mi madre que dijo aquella tarde que mi papá tenía que irse con Gregoria si la quería a ella, que no podía estar con las dos en nuestra casa, que eso no era bueno para nadie. Digo que la culpa es de ella, porque yo le pedí que no lo echara, me acuerdo bien de eso, le rogué que lo dejara así como él quería, del modo suyo nomás, así seguía con nosotras, pero mi madre dijo que no, que un hombre no puede tener a dos mujeres en la misma casa, que a veces se puede sí, que algunos lo hacen, pero en casas distintas, porque si están todos juntos después vienen los problemas.

Lo que pasó es que ella le dijo a mi padre que se fuera y él manifestó que no quería, porque las necesitaba a las dos y también porque en la casa estábamos nosotras. Y al fin, como le digo, por culpa de mi madre, obligado por ella, él tuvo que decir que se iba nomás.

Se hará como usted diga, Flora

es lo que dijo mi padre aquella tarde y buscó una pieza en el inquilinato de Villa Adela, uno que está sobre la calle Azcuénaga, y para allá fue con Gregoria.

Recuerdo que nos llamó esa siesta y nos sentamos bajo el emparrado, recuerdo también que estuvo llorando con nosotras, y que nosotras también lloramos. En un momento de esa tarde, yo le pedí otra vez que se quedara, pero él dijo:

No se puede contra lo que no se puede

y dijo también que Gregoria esperaba un niño y que con eso ya estaba todo dicho.

Ahora que ha pasado el tiempo, que han pasado los años pero no la pena, a mí me parece que fue eso lo que ahogó a mi padre. La tristeza por mi madre y por nosotras, por Gregoria y por los recuerdos de este mundo de acá, de la Quebrada, que era más el mundo de él que el de nosotras, que era de Gregoria también y de mi padre, como antes había sido de mi abuela, este mundo y este modo que son ahora también míos.

A veces pienso que cuando él vio a Gregoria por primera vez y más tarde, cuando ella vino a vivir a nuestra casa porque la echaron de donde trabajaba o porque el destino así lo quiso, él se encontró tal vez con lo que era, con el mundo de acá y el de mi abuela, con estos cerros y estas bagualas que Gregoria cantaba y que mi abuela había cantado también en otro tiempo.

*Ramito de albahaca,
Niña Yolanda,
dónde andará.*

Mi padre la escuchaba cantar esos cantos que él también cantaba, ha de haber escuchado otra vez cómo suena este mundo que él mentaba siempre, porque no había en ninguna parte lunas como éstas que nacen sobre el cerro, y porque –bien sabe– el cielo de acá, de estos linderos donde ahora estoy con mis enseres, es más celeste que ninguno y tiene su escarchado de estrellas por las noches. Y también porque hay sobre estas piedras colores que, en la ciudad, ni puede uno imaginarse.

Yo sé que a mi padre le era difícil renunciar a todo esto y que aquí estaban sus cosas y su mundo, porque nosotras tuvimos a nuestra

madre, hay que decir lo que es, la tuvimos, se quiera o no se quiera, pero Gregoria no tenía a nadie. Entonces es claro que él tuvo que quererla a ella, más que a nosotras tuvo que quererla, porque ella era del mundo de él, del mismo mundo y del mismo modo era, y estaba sola, porque cuando vino a nuestra casa estaba sin familia y no tenía padre, era como mi papá estoy pensando ahora, porque la había criado su madre, como mi abuela lo crió a mi padre, y estaba con nosotros cobijada y entonces pasó lo que pasó.

Dónde iba a estar Gregoria si no era con mi padre, me pregunto yo, doctora, ella tenía que estar con él, no había otra manera, y así fue que sucedieron las cosas.

Mi madre no fue capaz de entender eso, ni de dejarlo en nuestra casa con Gregoria y con todo lo que él quisiera, hasta que ella se le alejara de los pensamientos, para que así y de ese modo mi padre no se fuera de nosotras, ni de nuestra casa y no pasara después lo que pasó.

Es por esto que pienso a veces que la culpa de todo es de mi madre, y por eso es también que me vine para la Quebrada a hacer mis cosas y encontrarme con lo que era mío, con esto que es como encontrarme conmigo y con mi padre.

Culpa de mi madre es, yo pienso a veces, porque se le había puesto en la cabeza que Gregoria no podría estar en nuestra casa, que si mi padre la elegía a ella, no podíamos estar con él, por más que mi madre lo quisiera perdonar, no se podía. Que perdonarlo sí, decía mi madre, pero vivir todos amuchados como él quería, eso ya no, mi madre no podía.

No se puede contra lo que no se puede.

Y mi padre que en lugar de enojarse lloraba con la cabeza sobre sus polleras y le pedía que lo perdonara, y más que perdonarlo que lo dejara quedarse con Gregoria en nuestra casa, que Gregoria no tenía con quién irse. Pedía eso que cualquiera entiende y mi madre quieta, con el corazón como de piedra, que no y que no, decía.

CAPÍTULO IV

A lo mejor todo esto que le cuento sucedió, doctora, porque mi madre creía que lo más importante era ese niño, pero ahora que lo pienso, el que he visto camino a San Pedrito la otra tarde, tiene a su madre que lo lleva de la mano y en cambio yo no tengo a nadie, ni padre, ni madre ni consuelo.

Mi hermana Luisa y yo, le rogábamos a nuestra madre que fuera buena con mi padre y con nosotras, que lo dejara hacer como quisiera, que estuviera con Gregoria en nuestra casa si quería, hasta que se le pasara, hasta que ella se le fuera de los pensamientos, y le pedíamos que no se enojara con él. Porque a mí me parece que el problema es que mi padre no podía botar a nadie de su corazón ni tampoco podía irse a cualquier parte con sus poquitas cosas y sus remembranzas, ni podía dejarla a mi madre ni a nosotras.

Pero todo sucedió así nomás, como le digo, dale llorar y llorar mi padre con la cabeza en las polleras de mi madre, sin decidirse, ni por una ni por otra. Hasta que se supo que Gregoria esperaba al niño y entonces mi mamá le dijo que tenía que irse nomás con ella y que todo estaba como debía ser y que acabara el lío de una vez. Y también se lo dijo a Gregoria: que tenían que irse los dos si se querían, que ya estaba bien, que era por el niño que debían irse, que nosotras ya estábamos crecidas. Que todo estaba bien así y que nadie se iba a enojar con nadie, que se haría como ellos quisieran pero en otra parte, eso es lo que dijo, que no hacía tanta falta que mi padre se quedara, que lo más importante era el niño que venía, el niño ése que era de los dos, y que ella entendía todo, menos lo de vivir amontonados, a todo lo demás ella lo entendía.

Que si se iban estaba bien, dijo mi madre, eso es lo que dijo. Pero a mí me parece que no estaba nada bien, porque después pasó lo que pasó y mi padre se colgó del árbol en el patio de aquel inquilinato y Gregoria se fue por su cuenta y nunca, hasta la otra mañana en que la he visto, supimos hacia dónde ni con quiénes.

Esa noche misma, la noche del día en que murió mi padre, Gregoria agarró sus cosas y tomó la calle, y no supimos ni hacia dónde iba. Mi madre se ocupó de los menesteres que debían hacerse y dijo en la funeraria que el velorio iba a ser en nuestra casa, y así es como se hizo.

Después las cosas fueron dimanando entre la pena y estas añoranzas, hasta que yo me enfermé de la cabeza, me llevaron a la Casa de Descanso y empezó a hablarme el doctor Freytes.

Así fueron las cosas, doctora, tal como le cuento, porque Gregoria vino un domingo a nuestra casa y nos trajo a todos este dolor que se nos ha quedado adentro, y esta rabia, y también el amor por estos cerros, y esto que no sé cómo se llama y que se me hace que no tiene nombre.

Llegó aquella vez a nuestra casa porque la habían echado los vecinos, después de un año de trabajar como sirvienta, y eso a nosotras nos dio pena, la cobijamos y nos hicimos las tres amigas de ella. Mi madre, Luisa y yo, las tres para quererla, hasta que mi padre también la quiso y la llevó con él, y se fueron los dos a vivir a ese inquilinato en Villa Adela, sobre la calle Azcuénaga, apenas pasando la avenida.

Salieron una mañana cuando Luisa y yo dormíamos, pero más que dormir yo me había hecho la dormida estando bien despierta. Me quedé mirándolos por las rendijas, con los ojos pegados a la espalda de ella y a su pelo. Y la seguí mirando, en la casa quieta, sin ladrido de perros ni de nada, mientras mi hermana dormía y mi madre estaba en otro cuarto. Y así seguí, como le digo, con los ojos en las rendijas de la ventana que da a la calle, hasta perderme en estos pensamientos y cuando quise verla otra vez, habían doblado la esquina y ya no estaban.

Me quedé mucho tiempo viendo que no veía nada, con los ojos pegados a la ventana que da a la calle, hasta que mi madre vino y me tocó la espalda, y me puso una mano sobre el hombro y me miró los pies descalzos y dijo que así me iba a enfermar.

Se fueron a esa casa en Villa Adela y vivieron los dos ahí por unos meses hasta que a él le dio esa maña, y sin que Gregoria ni nadie se diera cuenta, ni nosotras tampoco adivináramos, se trepó al árbol donde mi hermana y yo lo vimos esa tarde, colgando como un muñeco, como un pullay lleno de estopa o de ceniza.

Mi padre era portero de la escuela Gorriti, que es la que está en el bajo, pasando la costa del canal de riego.

Cuando se fue a vivir con Gregoria, él tuvo sus problemas, porque la gente empezó a decir que ésas no son cosas que pueda hacer un

hombre que trabaja en una escuela, dejar a una mujer y a sus dos hijas para irse con una chiruza, eso es lo que decía la gente; porque como tiene lengua, la gente habla.

Pero después mi madre fue a la escuela donde mi padre trabajaba y explicó cómo eran las cosas, que no era como pensaban sino que ella había estado de acuerdo en que él se fuera y la cuidara a Gregoria porque ella no tenía a nadie y nosotras en cambio éramos tres y nos acompañábamos, y que además, a nadie tiene que importarle lo que uno hace ni tiene que importarle a uno lo que hacen los demás.

Gregoria volvió a nuestra casa, la tarde aquella de nuestra desgracia, y dijo eso que dijo, y yo sentí esta rabia y ese rumor en la cabeza que no se me fue hasta que llegué a esta tierra y sentí también este dolor que se derrama pero no se acaba nunca; este dolor como en los huesos.

Hay algo más que siento: celos dice mi madre que son, y mi hermana dice que es envidia, pero no es eso, es algo extraño lo que siento, porque Gregoria lo quiso a mi padre y él la quiso a ella, y todo eso me da a mí como un temblor, algo que no sé cómo se llama, que se me hace que no tiene nombre.

Gregoria entró aquella vez a nuestra casa como entraba antes, cuando vivía con nosotros y éramos las tres amigas de ella, mi madre, mi hermana Luisa y yo. Entró, como le digo, como había hecho siempre, pero era la primera vez que llegaba a nuestra casa después de irse con mi padre. No golpeó las manos, ni la puerta, ni dijo nada. Sólo dijo lo que venía a decir, sin llorar ni nada lo dijo, como era ella en aquel tiempo, muda como si fuera una piedra, una estatua de piedras de aquí de la Quebrada. Lo dijo y se fue, y nosotras nos quedamos viendo cómo se iba: tenía el caminar como en el aire. Llegó hasta nuestra casa, entró por la puerta que da al patio y se paró ahí mismo. Con su cuerpo tapó la luz que venía desde el patio, mientras decía eso que dijo, eso que me martilla todavía, que no quisiera oír.

Para entonces, yo ya había cumplido los catorce y acaso por garme a mi padre o por no sé qué, ya la había dejado entrar en mi corazón, así que me quedé ahí, como le digo, mirándola, sin saber qué hacer ni qué decir, escuchando eso horrible que escuchaba, pensando que no podía ser verdad lo que decía, que Gregoria hablaba mentiras o no sé qué cosas hablaba.

Me quedé, como le digo, sin pensamientos ni decisión para echarla ni para escucharla ni para ni abrazar a mi madre, ni para salir corriendo.

Dijo eso nomás, con la cara extraviada, como de piedra, y con los ojos fijos. Extraviada, como si hablara alguien que yo no conocía, una persona nueva pero vieja, con una voz que venía como de adentro de ella. Y después se fue, así como vino, seca, y nos dejó a nosotras también como de piedra.

Mi madre salió corriendo tras ella hacia la casa donde Gregoria se había ido para estar con mi padre; corriendo hasta la pieza que habían alquilado en esa casa.

Primero se abrochó el vestido y salió detrás de ella, pero después, cuando había corrido un poco –en medio de la calle– se dio vuelta y nos gritó que nos quedáramos dentro de la casa, que por favor no la siguiéramos.

Era como un ruego eso que decía mi madre. Pero después demoró tanto para regresar que allá fuimos Luisa y yo, y no obedecimos más a nuestra madre porque no podíamos.

Fuimos las dos hasta la casa: yo que había cumplido los catorce y mi hermana Luisa que tenía doce. Y pasamos al patio a donde daban las piezas, y en el centro del patio estaba el árbol. Había gente alrededor y nadie hablaba o hablaban muy despacio y nosotras no entendíamos.

Era un algarrobo enorme ese que estaba en el centro del patio y ocupaba todo lo que había. Un algarrobo con las ramas hasta abajo, castigando el suelo. Pero más castigaba la rama de más alto, porque ahí estaba mi padre, colgado estaba de la rama, como si fuera un pájaro de esos que salen por la noche a chupar sangre o como un muñeco desarrapado y chueco, un muñeco de estopa o de ceniza colgando sin fuerza como las piernas mías.

Yo me di vuelta y con el pecho le tapé los ojos a mi hermana que tenía doce, y me tapé los ojos con las manos. Es por eso, porque tenía las manos ocupadas, que no pude taparme las orejas, y escuché a nuestra madre que gritaba porque no quería que lo viéramos de esa forma y en lugar de enojarse con él o con Gregoria, se enojaba con nosotras:

¿Por qué se han venido para acá, por qué, por qué?

decía, y no paraba de decir eso, en lugar de decir nada.

Gregoria estaba en la pieza, sentada en una punta de la cama, con la cabeza baja mirándose la panza. Y mi madre fue con ella, a la pieza que era de mi padre y se sentó del otro lado de la cama y las dos lloraban.

Nosotras no llorábamos, no nos salían las lágrimas, sino que estábamos ahí sin decir nada, como digo, a los pies de ellas, de nuestra madre y de Gregoria, las dos mujeres de mi padre, y nadie podía hacer más que estar en esa pena sin fondo y sin medida, hacer nada de nada sin permiso de la policía, que estaba ya en los menesteres.

Ha de hacer de esto como unos cinco años, o un poco más, por eso creo que era ella la que iba camino a San Pedrito con ese niño de la mano. Yo no le vi la cara al niño, ni le vi nada, pero sé que era él, que era ese que vivía ya en su panza cuando mi padre se colgó del árbol.

Trajimos otra chica del norte

había dicho Tita Funes, en el barrio. Tita vivía en una casa cerca de la nuestra y había buscado a una chica para que trabajara de sirvienta. Antes habían tenido a otra que era de Santiago del Estero, pero tuvo un ataque de epilepsia y se la llevaron de regreso a su provincia. Por eso Tita Funes, esa vecina nuestra, dijo

trajimos a otra chica del norte.

Ese día mi madre lo contó en la mesa y mi padre dijo:

para servir, las de mi tierra

dijo eso, y también dijo *carajo*.

Lo dijo de una forma distinta a como hablaba siempre, y se levantó de la mesa y se sentó a fumar bajo la parra.

Como si hubiera sabido ya que la chica que iba a trabajar a la casa de Tita Funes iba a ser de su tierra, o como si hubiera sabido entonces lo que nos iba a suceder a todos. Pero no lo sabía, no, sino que ha de haber sido puro instinto, o las cosas del destino, como la gente dice a veces.

Así, de esa manera, fue que llegó Gregoria a la casa de los Funes, cerca de la que era en ese tiempo mi casa. Llegó una tarde de verano. Yo la vi detenerse bajo los paraísos para arreglarse el pelo, venía

hacia nosotros, hacia nuestra vida. Venía con un bolso y una pollera clara, mirando para todos lados, y yo que estaba sentada en el umbral tomando fresco, desde lejos la vi y me la quedé mirando.

La encontrábamos siempre los domingos por la tarde, cuando salíamos con Luisa y con mi madre a conversar bajo los paraísos, o cuando íbamos a la plaza del barrio.

Un domingo que yo había ido sin nadie hasta la plaza, la encontré comiendo, sentada en una hamaca y le pregunté qué hacía siempre sola los domingos. Me dijo que era su día libre pero que no tenía dinero, ni tampoco a dónde ir, ni amigos en la ciudad, ni conocía los lugares, y que era por eso que se quedaba ahí hasta que terminara el día.

Esa noche, le pregunté a mi madre si Gregoria podía ir, en sus días libres, a comer con nosotros en la casa y mi madre dijo que por ella sí, pero que había que preguntarle a nuestro padre. Por eso, a veces pienso que a lo mejor fui yo la causante de todo, yo más que mi madre, porque fui yo quien le pedí a mi padre que la dejara venir y también porque fui yo quien la encontró en la plaza. No fue mi hermana Luisa ni mi madre. Tampoco fue mi padre. Él sólo dijo,

*si usted lo quiere así, hija,
que venga a nuestra casa*

Tiene razón, ¿qué va a hacer sola en la plaza los domingos?

dijo. Y entonces así fue, como le estoy contando, doctora. Yo le pregunté a mi padre si me dejaba llevarla a nuestra casa y él dijo que sí, y así es como sucedieron las cosas.

Después cuando la dejaron sin trabajo, mi madre pensó que una boca más no era problema, y lo mismo pensó mi padre. Y los dos dijeron que había que cobijarla en nuestra casa. Ése fue el comienzo, así como le cuento, y así fue también que empezó todo.

Fue como le digo, por pura culpa mía que empezó el problema y Gregoria se metió en la vida de nosotros.

Llegaba en la mañana, los domingos, muy temprano, a la hora en que mi hermana y yo nos levantábamos, y ayudaba a mi madre a limpiar y a lavar trastos. Eso fue así, hasta que mi padre dijo un día:

Es nuestra invitada, no es nuestra sierva, Flora

le dijo así a mi madre, se lo dijo un domingo y mi madre se enojó un poco, y ya no le dio nada para hacer, nada de nada, y tampoco nos daba a nosotras los quehaceres, hacía todo ella sin pedir ni decir una palabra. Sólo en la cocina ayudábamos un poco a veces Luisa, Gregoria y yo, hacíamos bollos de anís o pasta frola, esas cosas.

Un día Gregoria hizo tortillas al rescoldo, como solía hacer mi abuela Rosa, amasó sobre la mesa que estaba en el patio. Harina, grasa, agua caliente, igual a como hacía mi abuela. Amasó cantando las bagualas que aquí se cantan, pero muy despacio, no como hacen acá las mujeres, sino muy despacio para que nadie la escuchara, pero mi padre la escuchó esa tarde.

Oyó su voz y se le torció el destino, o mejor dicho, se nos torció a todos: él se acercó y le pidió que cantara fuerte. A ella le dio vergüenza, me acuerdo bien de eso, y primero dijo que no, que los vecinos iban a oír y que ella no quería, pero después dijo,

si usted quiere, Juan

y cantó una baguala de las que aquí se cantan, con esa voz como de grito que tienen las mujeres acá.

Desde aquel tiempo, Gregoria empezó a cantar para nosotros, o mejor para mi padre, y empezamos a comer las comidas de aquí, humitas y tamales sobre todo, y ya no más las otras cosas que cocinaba mi madre.

Y las cosas siguieron de ese modo hasta que un día mi papá llegó con una caja, hecha con cuero de animal manchado, curtida con escupitajos de ginebra, según dijo, con palos de anchico y buenos tientos, para acompañar a Gregoria en sus cantares, y entre los dos hicieron una música triste pero linda.

Ella ha de tener diez años o doce más que yo y doce o más, tal vez catorce, que mi hermana Luisa. Recuerdo que era como diez años más grande que nosotras y unos diez más chica que mi madre y entonces, si yo ahora tengo dieciocho, ella ha de estar yendo hacia los treinta.

Cuando vino a nuestra casa, habrá tenido veinte, veintidós capaz que tuvo, y yo diez o doce, y van que vienen las cosas, pasó lo que pasó con mi padre cuando ella tenía veinte, según parece que eran, o veintidós capaz, y yo tenía doce o trece. Así que nos hicimos amigas las tres: mi hermana, ella y yo, y ella se hizo amiga nuestra, y también un poco de mi madre, pero más de mi padre se hizo amiga, porque estaba en el medio de nosotras por la edad que tenía y también por otras cosas.

Así fueron, doctora, durante mucho tiempo los domingos: ella llegaba y hacía dulce de limón cidra o tortillas a las brasas. Mientras, cantaba bagualas, para mi padre cantaba, y él la acompañaba con la caja y era ése el mundo que teníamos.

Ella estaba entre nosotros, como le digo, lo estaba en aquel tiempo, y me parece que sigue estando también ahora. Yo tenía doce, como dije, doctora, y ella los que le digo que tenía, mi madre como diez más que ella, o doce capaz que eran, y mi papá también, como doce, o tal vez un poco más, y así seguimos todos, con ella entre nosotros.

Después, como sin darnos cuenta, sucedieron otras cosas, porque los vecinos la dejaron sin trabajo y ella no tuvo a dónde ir, y yo pedí permiso para llevarla a nuestra casa, y mi padre y mi madre dijeron que yo tenía razón, que no podíamos dejarla así en la calle.

Hasta ahora, hasta esto que le he contado a usted, nunca me había puesto a recordarlo. Ni siquiera al doctor Freytes le había contado toda la pena junta, enterita, como se la estoy contando a usted. Ahora que lo pienso es como si, repasando, y repasando, me volvieran otra vez el pensamiento y la memoria. Y entonces, de este modo, creo que regresa todo lo que ha habido antes. Regresan también mi padre y mi abuela Rosa y todo esto que le estoy contando, y vuelven el modo y la manera en que Gregoria vino a nuestras vidas y empezaron a suceder las cosas que he contado, porque era así nuestro destino o porque tenía nomás que ser. Regresan, digo yo, las penas que tenemos para que uno las repare, les ponga pegamento con lo que sea y como fuera, con veladuras, con betunes o con falsos acabados, como se pueda se reparan, digo yo, que no es como uno quiere, sino como se puede. Vuelven las penas y penitas de uno, digo yo, para que uno las sobe muchas veces, hasta que queden lisas, suavecitas, y todo se ponga bien. ■

En: *Veladuras*, Grupo Editorial Norma, 2005.



VELADURAS

María Teresa Andruetto

VELADURAS

María Teresa Andruetto

BREVE RESEÑA PARA EL DOCENTE

Una joven entra en estado de shock luego de una tragedia personal. Su familia llevaba una vida tranquila y armoniosa hasta que irrumpe una mujer a la que dan albergue en su casa y de la cual su padre se enamora. Pero no se trata de un simple adulterio, sino de la complejidad que acarrea vivir con otros, armonizar culturas y prohibiciones. Se va recuperando por una suerte de doble terapia: el relato de su vida y el placer que le despierta el arte de las veladuras, con sus colores, materiales y formas. Una técnica que hace que un objeto nuevo parezca viejo por la pátina del tiempo simulado. Lo velado, que cubre y muestra, que se ve mejor porque exige una mirada más profunda. Como con el dolor. Rosa reparando objetos y hablando, se va rehaciendo. Cada cosa en su lugar, un poco de luz y el alma se va reparando.

PRESENTACIÓN DEL CUENTO A LOS ESTUDIANTES

Una joven se extravía mentalmente luego de una tragedia familiar: se desmorona su familia y sus referencias. Está sola. Lentamente va saliendo de la crisis gracias al lenguaje, que le permite contar su vida a otro, entender, entenderse y ayudada por las labores manuales que le devuelven la serenidad perdida.

DATOS SOBRE LA AUTORA

María Teresa Andruetto nació en 1954 en Arroyo Cabral, Córdoba y se crió en plena llanura en el seno de una familia oriunda de tierras de montañas. Su padre, un partisanero

piamontés emigró de Italia poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Estudió Letras en la Universidad de Córdoba y luego de un período que ella denomina de exilio interno, trabajó en un centro especializado en literatura para niños, ejerció la docencia y coordinó talleres de escritura. Fundó el Centro de Difusión e Investigación de la Literatura Infantil y Juvenil. Su obra nos habla de destierros, de la fragilidad humana, las culturas, las herencias, la búsqueda de una identidad individual y social, la subjetividad, la lengua que se hereda y se inventa, la voz de todos y la propia. Actualmente vive, en su provincia natal, en una pequeña granja con ovejas, gallinas, caballos y una huerta.

En 1992 su novela *Tama* obtuvo el premio municipal Luis de Tejada. Luego publicó *Todo movimiento es cacería* (2002); *La mujer en cuestión* (2003); *Veladuras* (2004); *Lengua madre* (2010) y la obra de teatro *Enero*, en 2006; los libros de poesía *Kodak*; *Pavese y otros poemas*; *Beatriz y Sueño americano*, entre otros. También es autora de numerosos libros para niños y jóvenes: *El anillo encantado*; *Huellas en la arena*; *La mujer vampiro*; *El País de Juan*; *El árbol de lilas*; *Trenes*; *El incendio*; *Campeón*; *La durmiente*; *Solgo y Miniaturas*.

Ha recibido varios premios: Fondo Nacional de las Artes 2002, Lista de Honor de IBBY, y recibió el Premio Iberoamericano a la Trayectoria en Literatura Infantil SM 2009. Fue finalista del Premio Rómulo Gallegos en 2011; ganadora del Premio Hans Christian Andersen 2012 y Premio Konex, Diploma al mérito a las Letras 2014.

Su obra ha sido traducida a varios idiomas y es profesora invitada en numerosos espacios de formación de grado y posgrado y autora invitada en congresos, seminarios, ferias y jornadas, en su país y el extranjero.



ENLACES

Entrevista de Cristina Macjús

www.imaginaria.com.ar/2012/09/siempre-luche-contra-los-encasillamientos-entrevista-con-maria-teresa-andruetto/

María Teresa Andruetto:

<http://www.imaginaria.com.ar/2012/06/la-lectura-otra-revolucion/>

<http://revistababar.com/wp/los-valores-y-el-valor-se-muerden-la-cola/>

http://www.educ.ar/recursos/ver?rec_id=115481

<http://revistababar.com/wp/hacia-una-literatura-sin-adjetivos>

<http://librerialibrelibro.blogspot.com.ar/search/label/Andruetto%20Teresa>

<http://www.teresaandruetto.com.ar>

Mentir

<http://www.imaginaria.com.ar/11/1/andruetto.htm#mentir>

